

**SANAR LA ESCUELA**



**TALLER DE  
CRÓNICA**

**RESULTADOS**



**LA TRISTEZA DE NO  
VOLVER A SENTIR TEMOR**

*Leandro Buriticá*

Recuerdo el temor que sentía cuando lo veía llegar, era él, mi hermano mayor por parte de mamá y papá, quien siempre aparecía de repente a cualquier hora y por cualquier lugar de la finca donde llevábamos viviendo muy poco y en la cual soñábamos ser una familia unida, próspera y feliz. Usaba pantalón oscuro, carguero de municiones y fusil, recuerdo que me llevaba dulces y galletas para tratar de acercarse a mí y abrasarme para que no le tuviera miedo y así demostrarme su amor de hermano.

Siempre vivió en el campo y la violencia era el pan de cada día, las personas nuevas que se veían o que a diario pasaban en su mayoría pertenecían a los actores del conflicto, quienes mantenían en una guerra intensa que hasta el momento no encuentra su fin. Mi hermano era alto, fuerte y buen mozo, realizó sus estudios hasta quinto de primaria y luego se dedicó a ayudar a mis padres en las labores del campo, a los 18 años prestó su servicio militar y quizás esto despertó su amor por las armas o simplemente el deseo de mostrar su inconformismo de una manera rebelde y lejos de lo que muchos pueden imaginar, pero muy cerca de lo que se vive realmente en muchas regiones olvidadas del país.

Yo tenía entre 4 y 5 años, nací en el año 1997 en una familia de humildes campesinos que durante décadas han labrado la tierra y que al igual que miles en este país viven en la pobreza como resultado de las desigualdades sociales, la falta de oportunidades y presencia del Estado para ayudar a quienes tanto se esfuerzan por un mundo mejor. No comprendía mucho, pues a

esa edad solo pensaba en jugar y divertirme desconociendo lo que a mi alrededor sucedía, incluyendo las preocupaciones de mis padres cuando se iba y las alegrías inmensas cuando de nuevo aparecía siempre sin avisar.

El conflicto nos lo arrebató, pasó de ser el hermano trabajador, compañero y pacífico a convertirse en un soldado que combatía la insurgencia a nombre del Estado y después de manera inesperada para la familia en un integrante de la insurgencia guerrillera de las FARC-EP que planteaba dentro sus ideales la igualdad y representación del pueblo por medio de las armas como mecanismo de rechazo y planteamiento de una Colombia supuestamente diferente para todos. Se convirtió rápidamente en alguien de confianza para la organización, pues los valores y principios forjados en nuestro hogar le hicieron respetar las órdenes y cumplir a cabalidad las tareas asignadas por sus superiores, quienes cada día veían en él a un militante más prometedor para el movimiento.

Su adoctrinamiento en la milicia lo llevó a honrar a la organización, sentirse cada día más seguro de lo que hacía y tener mayor compromiso con la causa; ascendió a jefe de finanzas del frente 17 que operaba en el norte del departamento del Huila y cada día tenía más reconocimiento en esta guerrilla. Pero no todo fue positivo para él, ni por supuesto para nuestra familia. En un enfrentamiento con el Ejército fue herido durante un combate fuerte y atroz y una bala del mismo Estado que un día representó impactó su cuerpo causándoles heridas que marcarían su vida para siempre, aunque sobrevivió a este infortunio, perdió mucha sangre y sus testículos fueron mutilados en su totalidad.

Un par de años pasaron para que mi hermano se recuperara de las heridas físicas de la guerra y cuando sintió estar recuperado

decidió volver a las filas de la insurgencia, aun cuando le ofrecieron darle la salida o lo que en las fuerzas regulares llaman la baja para que estuviera por fuera del conflicto. Mi hermano manifestó que teniendo sus brazos y su inteligencia intactos, no había motivo para abandonar la causa y es así como decide reintegrarse y seguir aportando a la revolución, la que le permitió continuar sus acciones otro par de años, hasta ese 17 de agosto del año 2001 cuando hombres del Ejército nacional lo asesinan en la vía Neiva-Vegalarga Huila sin darle la oportunidad de expresar los motivos de su rebelión, pagar por sus errores o simplemente expresar el motivo de sus inconformismo social. Mi hermano fue capturado por el solo hecho de encontrarse solo frente a un grupo amplio de militares fuertemente armados a los que simplemente les resulto más fácil asesinarlo en una época en la cual desde el mismo Estado se pagaba o premiaba por vidas cegadas sin importar de quién o de qué manera.

En cuanto a sus padres, estos llevaron una larga lucha por el reconocimiento de estatus como víctimas por el asesinato de su hijo, algunos dijeron ayudarles, otros los ilusionaron con una gestión sin ningún fruto y desde la institucionalidad ni hablar, porque siempre la respuesta fue negativa. Su madre recuerda con tristeza a ese hijo que ya no está y quien fue la ilusión más grande que un día tuvo su padre después de 22 años de tristeza, dolor y desilusión, fallece el 14 de noviembre de 2023 y se lleva consigo muchos testimonios por parte de testigos de los hechos. Su hija menor tiene 26 años, es una profesional, tiene un esposo y un hermoso hijo, terminó su maestría en educación y extraña el temor que sentía cuando siendo solo una niña y él llegaba.



**LOLO**

***Alberto Ramos Panteves***

Quince años habían pasado desde ese día lunes 06 de septiembre de 1997, cuando en el ocaso del día el pueblo de Lolo se había convertido en un infierno por los disparos de fusil y de ametralladora que no silenciaron sus cañones hasta las 02:00 de la madrugada, después de haberle prendido fuego a Caja Agraria y a lo poco que se mantenía en pie del Puesto de policía. La guerrilla se había tomado el puesto de Policía, se escuchaban decir a algunos adultos que tenían sus viviendas en el lugar del combate, mientras corrían tratando de ingresar a su barrio en el afán de saber la suerte de sus hijos, esposas y abuelos. La marrana (o avión fantasma) iluminaba la noche con sus ráfagas de colores rojos y azules con las que intentaba desde el aire dispersar a la guerrilla y detener el furor del combate en tierra. Era evidente la angustia, el desespero y el llanto de los papás que hasta la madrugada se manutuvieron deambulando por los andenes del centro del poblado buscando a sus hijos, entre ellos, la el padre de Lolo, quien con una angustia que le embargaba el habla, y con la idea en mente que su hijo había quedado en medio de fuego cruzado; a esa hora Lolo debía entregar cuentas de la venta de pan de yuca para luego ir al cementerio del pueblo a la misa del primer año de fallecimiento de su abuela paterna, él insistía a los guerrilleros que los dejara pasar. La venta de pan de yuca quedaba a unos diez metros del puesto de policía. Su desespero aumentaba a cada segundo. Lolo me comentó que había intentado ingresar por detrás de la gasolinería de doña Telvina, pero que unos guerreros se lo impidieron, mientras cargaban en un mixto muchos uniformados muertos y otros tantos

heridos, que en su mayoría no pasaban de quince años y a varios les arrastraba el fusil. Al papá de Lolo le tocó esperar hasta las dos de la mañana cuando dieron la orden de abandonar el pueblo. Se escuchó un tiro muy fino, que era la señal de retirada, los adultos comentaban que era tiro de un franco. Al padre de Lolo se le hizo eterno caminar en su coche esas cuatro cuerdas que lo separaba de su casa, mientras se dirigía hacia allá, la imagen de ver a sus hijos muertos se hacía más viva al ver los destrozos de la casa y a un gran número de humanos tirados que se encontraba por la calle principal del pueblo.



**NEVARDO FERNÁNDEZ**  
**OBREGÓN**

***Jhon Alber Marín Conde***

Institución Educativa Claretiano Gustavo Torres Parra

Neiva Huila

En el año 1986 llegó a Neiva, procedente de Bogotá, Nevardo Fernández Obregón, un joven con espiritualidad franciscana, licenciado en Educación Primaria en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, virtuoso de la música, el teatro y, especialmente, con gran sensibilidad por la educación popular y el trabajo con las comunidades empobrecidas. Acciones fortalecidas en el trabajo misionero con el sacerdote indígena Álvaro Ulcué Chocué, asesinado el 10 de noviembre de 1984 en el Cauca.

Nevardo llega a Neiva como profesor de teatro en la Escuela Popular Claretiana del sector “Filo de Hambre” en los barrios populares del suroriente de Neiva, proceso pedagógico que era liderado por el sacerdote Ángel Signori, el misionero Claretiano Héctor Guzmán Caicedo, y los profesores del Movimiento Pedagógico sustentado en las bases de educación liberadora de Paulo Freire.

En el año 1987 Nevardo se vincula como profesor en la Comunidad Franciscana de “Zona Verde”, otro sector popular de Neiva, allí se hace cargo de un grupo de niños de educación primaria dentro de la propuesta pedagógica alternativa “Madres Maestras” también se activa con el grupo de teatro de la Parroquia Jesús Obrero de los franciscanos en la zona popular del barrio Bogotá.

El trabajo de educación popular y de espiritualidad liberadora lleva al profesor Nevardo y a un grupo de catequistas de la parroquia Jesús Obrero a conocer la problemática de las familias indígenas de la Comunidad los Dujos, quienes venían siendo perseguidos y amenazados de desalojo por parte de los terratenientes Oliverio

y Hernán Lara, quienes buscaban a toda costa expulsarlos de la “Isla de Cuba” en la que habitaban en el río Magdalena.

El profesor Nevardo y el grupo de catequistas se solidarizó con las familias indígenas y se enfocó en evitar su desalojo, para ello trabajaron con los niños la expresión de habilidades artísticas. Ante las acciones violentas de los terratenientes, los niños y sus familias respondían con música y con arte.

El 18 de octubre se consolidó con los catequistas un Comité de Solidaridad y Emergencia con los Indígenas y Campesinos en apoyo a procesos campesinos que se encontraban en una problemática similar de lucha por la tierra y acuerdan realizar una reunión en una toma de tierra ubicada en la vereda “Los Rosales” del municipio de Campoalegre (Huila).

El 22 de octubre de 1987, el profesor Nevardo viaja a Campolagre en compañía de la catequista y amiga de teatro Luz Stella Vargas Tierradentro, Carlos Arturo Páez Lizcano, el gobernador de la comunidad indígena los Dujos y con el joven indígena Salvador Ninco Martínez. Al llegar a Campoalegre visitan una Cooperativa de campesinos donde reciben dinero e indicaciones de cómo llegar a la vereda los Rosales.

Hacia las 9:30 de la mañana de ese 22 de octubre se dirigen a tomar un bus en Campolagre, pero en el trayecto son detenidos por la Policía del lugar, nunca les avisaron a sus familiares o a la comunidad. El domingo 25 de octubre sus cuerpos aparecieron torturados y descompuestos, en zona rural del municipio de Hobo Huila.

La policía de Campoalegre niega que el profesor Nevardo y el grupo de acompañantes hubieran sido detenidos y asesinados por esa institución, aunque en Campoalegre algunos testigos que observaron el hecho afirmaron que, hacia la media noche de ese mismo jueves 22 de octubre, cinco personas fueron sacadas del Comando de la Policía y subidas a un camión. En efecto, un quinto cadáver no identificado apareció junto al de los indígenas, los catequistas y el profesor Nevardo.

Tanto el Juez VIII de Instrucción Criminal ambulante del Huila como la Procuraduría delegada para la Policía Nacional, cerraron el círculo de la impunidad ya trazado por las calculadas tácticas de los ejecutores del crimen.

El 22 de octubre de 2023 se conmemoraron 36 años del asesinato de un joven de 24 años, un profesor, un catequista, un artista, un activista de los derechos humanos, con vocación y convencido de la importancia de la pedagogía liberadora para la construcción de ese otro país que tanto soñamos. Compartimos su historia para denunciar las persecuciones y crímenes de estado contra los jóvenes profesores que quieren aportar a la construcción de una sociedad sostenible, sustentable y solidaria.

## Referencias

Pallares Kerlly, MEMORIAS DE LAS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA POLÍTICA DE LA CIUDAD DE NEIVA EN LA DÉCADA DEL 80. EL CASO DE LOS CATEQUISTAS DE LOS BARRIOS DEL SUR, Universidad Cooperativa de Colombia (2014) disponible en: <https://repository.ucc.edu.co/items/01332031-7d00-4cd4-adda-51252c51c78a>

Proyecto nunca más (1992), aquellas muertes que hicieron resplandecer la vida, disponible en: [https://nunca-mas.movimientodevictimas.org/images/abook\\_file/AQUELLAS-MUERTES-QUE-HICIERON-RESPLANDECER-LA-VIDA.pdf](https://nunca-mas.movimientodevictimas.org/images/abook_file/AQUELLAS-MUERTES-QUE-HICIERON-RESPLANDECER-LA-VIDA.pdf)



# **DESPLAZAMIENTO FORZADO DE MIS ABUELOS**

*Relato hecho por Celmira Olaya  
Olaya, tía de 89 años*

*Escrito por LUCY CERQUERA OLAYA*

En la historia cronológica del país, “la época de la violencia” como se conoció ese oscuro periodo, en el cual liberales (chusma) y conservadores (pájaros) se mataban los unos a los otros con un odio salvaje y torpe, se desarrolló a mediados del siglo XX. Pero acá voy a narrar no solo los hechos de dicho momento histórico, sino también cómo la historia de mi familia materna se cruza con la historia del país. Primero debemos retroceder un poco en el tiempo, pensar que estamos en la década de los años 20. Colombia era aún un país gobernado por el partido conservador con la bendición de la iglesia católica. Su población era mayoritariamente rural; no se alcanzaba aún un proceso de industrialización avanzado, por ello las ciudades eran muy pequeñas.

Mis abuelos son oriundos de San Alfonso, un pequeño caserío del municipio de Villa Vieja, ubicado al norte del joven departamento del Huila, ya que este venía de formar parte de lo que se conocía como el Tolima grande. En ese pueblito de tradición ganadera, agrícola, y también dado a la observación de las estrellas por su cercanía con el desierto de la Tatacoa, se enamoraron mis abuelos de cuyo amor ya se han desprendido al día de hoy cinco generaciones.

En busca de mejores oportunidades mis abuelos se trasladaron de San Alfonso al municipio de Chaparral, en la inspección del Limón, territorio que años más adelante sería clave para el nacimiento de las guerrillas campesinas, ubicado en el departamento del Tolima. Allí, producto del trabajo duro en una hacienda cafetera, el abuelo Teodoro logra comprar su propia parcela en la

que viviría por más de 20 años junto a su esposa Soledad y a sus cuatro hijos, Campo Elías, Celmira, Alicia y mi madre Carmelina. Allí nacieron, crecieron, fueron a la escuela...vivían muy felices pese a las privaciones propias de una familia campesina pobre.

Para ese momento (1950) el país era gobernado por Laureano Gómez, presidente tan querido por los campesinos que lo apodaron “el monstruo”. Lo llamaban así por su talante autoritario, por la defensa que hacía del uso de la violencia, por sus posturas racistas, y por su claro antiliberalismo que le hizo liderar una vehemente oposición durante los 16 años que duró la República liberal entre 1930 y 1946.

Una vez los conservadores recuperan el poder en 1946 con Mariano Ospina, el conservatismo se amparó en el monopolio legítimo de las armas que tiene el Estado y financió diferentes cuadrillas de asesinos, llamados Chulavitas, mi tía Celmira dice que era una policía mala, cuya misión era asesinar y desplazar a todo el que simpatizaba con el liberalismo. El territorio habitado por los abuelos era de una clara tradición liberal y, por ende, un objetivo declarado de las cuadrillas de Chulavitas que asolaban los campos.

Una tarde, luego de regresar de la escuela... ese regreso sí que era divertido, incluía baño en el río, juego a las escondidas y disputa con los pájaros por las guayabas y con las ardillas por el cacao, mis tíos pasarían de la dicha a la tristeza, ven en el corredor del frente de la casa unos bultos llenos; café no era, mi tía Alicia pregunta por lo que contienen aquellos costales, a lo que

su padre responde “estábamos esperándolos, nos vamos, nos tenemos que ir, ya vienen para acá los Chulavitas, si nos quedamos nos van a matar, acabamos de enterarnos de que mataron a don Miguel Parra —un vecino— dicen que los muchachos se salvaron porque estaban trabajando en otra vereda y... qué vaina, terminarán uniéndose a la guerrilla para defender sus tierras”.

Mis abuelos y mis tíos tuvieron que abandonar su tierra y junto a ellos también lo hizo don Reinaldo Rojas, el rolo, con su esposa Rosa y sus hijos, Alfonso, Inés, Bertha y José. Acompañó también a los nuevos desplazados, el joven José Yara, quien era el encargado de devolver los caballos. José, vivía enamorado de mi tía Celmira... tristemente esta sería la última vez que la vería y no había sido capaz de decirle cuánto la amaba. En un descuido de los abuelos, le pasó un papelito a la mujer de sus sueños, en el que le pedía que se quedara con él, que la amaba. Mi tía muy asustada se comió el papel. Él los acompañó hasta Chaparral, regresó solo, con su corazón juvenil arrugado.

Pasaron el resto de la noche en una posada de El Chaparral, al otro día muy temprano se fueron hasta Castilla, allí don Reinaldo manifestó su inquietud...no sabía para donde irse, mi abuelo lo invitó para que se viniera con ellos para San Alfonso y, así lo hizo. Tomaron el tren que los dejaría en Potosí para llegar a pie a su lugar de origen.

Luego de dos años, cuando Rojas Pinilla toma el mando del país para ponerle fin a la violencia partidista, mi abuelo regresó

al Limón con mucho temor, pero también con el propósito de recuperar su tierra. La casa estaba en total abandono, en la sala, donde se sentaban a escuchar la radio, donde jugaban parques, dominó... solo encontró los huesos de Mariscal, el perro de la familia, mi tía Celmira, que es quien me relata la historia, no entiendo por qué no los acompañó en la travesía, con tristeza dice que quizá se quedó cuidando la casa.

Aquel día, el día del regreso al Limón, mi abuelo recorría los terrenos enmontados, de pronto ve salir de entre la maleza a un hombre con un cuchillo ensangrentado en la mano, este le dijo que por su bien se fuera, que él ya no tenía nada ahí, que estaba en gran peligro. Y ahí, entre la maleza, el miedo, la desesperanza y la impotencia, quedaron los 20 años del duro trabajo de los abuelos maternos...desplazados, empobrecidos, con un techo prestado, listos para empezar de nuevo.

Este relato es el recuerdo de mi tía Celmira de 89 años, lo tiene en su memoria, vigente, como si hubiese ocurrido ayer. Ha sido largo el paso del tiempo, pero ella siempre nos lo cuenta igual, no omite detalles. Y cierra su historia recordando la crudeza de la violencia de esos días, en donde por años no se lograba consolidar la tranquilidad con la que habían vivido en sus primeros años en el Chaparral. Lo último que dice mi tía es “ni el gobierno de Rojas, ni el Frente Nacional, ni ningún gobierno ha logrado traer de nuevo la paz. Solo se volvió un tema de campaña, pero no algo real. Colombia es un país sin memoria y vengativo, por eso la violencia sigue haciendo parte de nuestra triste realidad”.



# HISTORIA DE UNA HUIDA

Era casi medio día de los primeros meses del año cuando llegó doña Rafaela angustiada, muy preocupada, exclamó: “Vamos, vamos, que la chusma viene a tomarse el caserío. Eso se rumora, son sangre Negra y Tirofijo, que vienen ya por la vereda del Romero, dicen que son muchos meros”. De inmediato y sin tener presente que era hora de almorzar, preocupada de que la chusma se llevara sus muchachos, puso a sus bebés, de dos y tres años, en la venada, bestia mular que ensilló y con zurrónes, a lado y lado, las camufló con ropa y plátanos encima; el sol era inclemente y con sus otras dos niñas y dos varones adolescentes emprende camino, con infinito temor y prisa salieron del caserío de San Andrés hacia Tello, caminando por la carretera polvorienta que bordeaba un largo caudal. Dándose cuenta de que no avanzaban, porque venían jugando con piedras como balón, los hombres y las niñas con sus muñecas de trapo, sin mediar palabras, arrojó las muñecas al río. Teresa y su hermana Marta se apresuraron y fueron hasta la orilla del río para rescatar sus muñecas entrapadas y llenas de agua que habían sido el regalo de la reciente navidad. De pronto, una de ellas gritó desesperadamente al tropezarse con un cadáver al darse cuenta de que era Juan, el zapatero y vecino. Doña Rafaela les ordenó que emprendieran inmediatamente camino, miraba a cada rato hacia atrás, ya estaba entrando la noche.

La valerosa decisión de doña Rafaela en medio de tan inminente peligro para sus pequeños hijos que se sabía podían ser reclutados por la chusma y en la ausencia de don Lucas, su esposo, quien estaba en la capital en cuestiones de negocios, sobre el manejo del estanco como empleado de la licorera del Huila, fue la causa para

que no estuviera en San Andrés.

Un emisario de la chusma llegó a la casa en San Andrés, caserío que estaba ubicado a la entrada de la vereda, el Romero y sin mediar palabra con lista en mano, amordaza a la tía hermana de don Lucas, preguntando donde está el HP que expende aguardiente, sabemos muy bien quién es este picudo\*, la tía Laura que decide quedarse para cuidar de los enseres y de la casa, fue capturada y llevada como rehén...

En las horas de la noche doña Rafaela y sus hijos llegaron totalmente cansados, extenuados de este largo y tortuoso desplazamiento forzado, en espera de encontrarse con su esposo y padre, pero ya había rumores de gente extraña que estaba haciendo visitas en las casas de funcionarios de la alcaldía en Tello. Esa noche, cuenta su hija Teresa, que fue la más larga de toda su vida.

El reloj marcaba las 3:45 de la madrugada, todo estaba oscuro y en un silencio sepulcral, cuando unos cascos de caballo velozmente atravesaron la calle, entonces por una rendija de la puerta sigilosamente y a escondidas de la madre, Teresa atisbó\* impávida como un hombre corpulento vestido de militar descargaban en la puerta de la vivienda que les había dado posada esa noche, un costal chorreando sangre, a lo cual no aguanto y con toda la fuerza de sus pulmones a sus 7 años de edad grito: "¡Mataron a mi papito!". El pánico se apoderó de todos los que estaban en esta posada, pero no se atrevían abrir la puerta, solo hasta el día siguiente, con el canto de los gallos, escucharon unos golpes en la puerta, eran los vecinos avisando que había un costal en un charco de sangre.

Doña Rafaela, sin mediar palabra, acudió en búsqueda del sacerdote para que le echara la bendición a su esposo y, con el corazón destrozado, rezando por el eterno descanso de su alma, abrieron el costal. Para sorpresa, se dieron cuenta de que era el cuerpo de una mujer, hecha picadillos. Apenas las flores azules de su vestido en hilachos anunciaron que ni más ni menos era la tía Laura.

La preocupación se apoderó de la familia de don Lucas, por la muerte de la tía amada y compañera de muchos juegos en familia, y más preocupación y profunda tristeza al no saber qué había pasado con su papá. Trascurrieron 10 días sin tener noticias, hasta que llegó un carro mixto “chiva”\* que al fin pudo entrar al pueblo, el conductor llevaba una carta en secreto para doña Rafaela, era de don Lucas, quien la escribió desde su escondite, le comunicaba que se encontraba bien y que iba a mandar por toda su familia porque el Doctor Azuero Manchola estaba buscando su reubicación en otro municipio del sur dada la situación de violencia que azotaba especialmente al norte del Huila, en territorios de los liberales chusmas.

Finalmente, la familia fue llevada muy en secreto para que ser reubicada en Acevedo, por ser un municipio de población conservadora y esta familia así pudo continuar su vida.

Esta es la historia de mi familia en la década de los 50, contada por Teresa, mi hermana mayor.

## Glosario

- **Zurrones:** semejante a costal hecho de cuero seco de ganado duro donde se cargaban víveres en bestias de carga
- **Atisbo:** Mirar con sigilo un hecho
- **Picudo:** comunicativo, lleva y trae
- **Chiva:** Carro destapado medio de transporte veredal



**PASADO EN ARMAS,  
PRESENTE EN TABLERO**

***IE BARRIOS UNIDOS DEL SUR  
EQUIPO DOCENTES  
FLORENCIA – CAQUETÀ***

En 1996 el Batallón No. 35 de infantería de Selva Héroes del Guepi – Larandia Caquetá, fue epicentro de las Fuerzas Militares para contrarrestar una de las sublevaciones del pueblo caquetense: Las Marchas Campesinas.

En aquel lugar un joven había terminado sus estudios de once y anhelaba entrar a estudiar a la Universidad Nacional. Pero esto, fue tan solo un sueño. La realidad transcurría entre el alojamiento, la vuelta al lago, la guardia principal y la guardia campaña, en espera de un permiso el fin de semana.

Pasaron los sucesos de aquella exacerbación de una muchedumbre de campesinos, cuya bravura, producto de las fumigaciones con glifosato a sus plantes coccaleros, llevaron a que este joven sopesara lo poco bueno y lo mucho malo de su vida militar. Por ello, en su lugar de reposo simplemente tenía un camarote viejo, mohoso, en el que año tras año quedaban las pesadillas de muchos jóvenes, siendo soldados bachilleres o regulares; él proyectó la imagen en su firmamento de vida, encontrando que la vía de las armas no era el camino que le permitiría contribuir con la construcción de nación.

En el año 1997 finalizó la prestación del servicio militar obligatorio, encontrándose con una nueva ruta; la de formación profesional docente como licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad de la Amazonia por allá en el 2004, que lo catapultó a una vida de procesos académicos, pedagógicos, didácticos, compañerismo, sindicalismo y demás... en una breve síntesis, a un presente en tablero 2023.



# HISTORIAS DE NAVIDAD

*Laura Natalia Sáenz*

Hay navidades que se recuerdan más que otras, como la del 99 cuando me regalaron mi primera bicicleta; o la del 2004 cuando “El ausente” de Pastor López puso sobre la mesa el tema del que nadie había querido hablar en toda la noche. Toño estaba en una cárcel a 24 horas por carretera desde Bogotá, lloramos, nos abrazamos y nos reímos porque a todo el mundo le metimos el cuento de que se había ido a la universidad; o la del 2008 cuando volvimos a llorar, ya no porque él no estaba sino porque había vuelto. En fin, en diciembre las lágrimas significan muchas cosas.

Como sea, recuerdo también la navidad del 2009, quizá, en la que los ánimos estaban para beber, pero no para bailar, quién sabe qué conocido se murió ese año. Después del brindis de media noche nos comimos un tamal, siempre comemos tamal, es rico, barato y llena. Nos sentamos en la sala, con la música de Olímpica Estéreo a un volumen moderado y acompañamos la noche y la madrugada con una botella de vino de esas que vienen con galletas en las anchetas que envuelven en papel celofán y que venden en las tiendas de barrio, mis tías siempre consideraron “buenos vinos” el *Cariñoso* y el *Dubonnet*.

Toño nos contó que había fantasmas en la cárcel y que todos los veían, pero que nadie decía nada porque no querían amanecer en el pabellón psiquiátrico, al final se supo, qué casualidad, una navidad: los reclusos se emborracharon y soltaron que cada noche veían un cuerpo *calavérico* semitransparente sacando la cabeza por entre las rejas de la celda. Mi tía Amparo, quien nunca tuvo

que lidiar con la cárcel, pero sí con un marido borracho, contó de la vez que Carlos llegó ebrio a las tres de la mañana y le pidió que le calentara un café, luego se encerró en la habitación, se quedó dormido y ella tuvo que pasar la noche en el sofá, incómoda y aguantando frío. Contaron también que me puse *Vick Vaporub* en los ojos y que corrí a coger agua del inodoro para limpiarme, siempre, siempre cuentan esa historia y terminan con un “es que era bien jodida esta chinita”.

Sin embargo, las historias sobre fantasmas, sobre Carlos borracho (que no son pocas) y sobre lo jodida que yo era, se hicieron cuentos para adolescentes frente al relato de mi mamá sobre la navidad de 1996.

Mi papá era de esos hombres que pecaba y rezaba para empatar, era celoso y mujeriego, claro, pero amable, bondadoso y caritativo. Cada diciembre se inventaba alguna cosa para hacer más amena la navidad de alguien, una vez, por ejemplo, nos llevó a mi mamá y a mí a comprar pan tajado, jamón y queso en cantidades industriales, galletas, jugos, colombinas, bandejas de icopor, papel vinipel y servilletas; pasamos toda la noche armando refrigerios para repartir entre decenas de familias que habían llegado a las calles de Bogotá desplazadas por la violencia. Fue bonito si lo pienso bien, la gente necesita tener algo en la panza mientras se derrota la guerra, si es que se puede.

En el 96 el espíritu amable, bondadoso y caritativo del viejo nos llevó a una finca en una vereda de la que na-

die recuerda el nombre, el lugar era de una pareja que había trabajado con él durante años en una empresa de seguros que tenía por logo la Estatua de la Libertad, qué curioso para una aseguradora. Martha se llamaba ella, mi mamá no recuerda el nombre de él y mi papá ya no está para preguntarle.

Días antes hablaron por teléfono, habían acordado comprar regalos para los niños y las niñas de bajos recursos de la vereda y entregarlos la noche de navidad. Llegamos el 21 de diciembre; mi papá, mi mamá, Martha y como se llame el fulano, pasaron la tarde y la noche escogiendo y empacando regalos, yo pegaba las tarjetas, tenía cuatro años.

El plan era quedarnos hasta después de navidad, pero a última hora nos avisaron que teníamos que llegar a Bogotá a ponernos “guapetones” porque mi tío Néstor, el menor y el consentido de mi abuela, iba a contraer matrimonio con la única mujer que se le conoció en la vida. Era un acontecimiento, sin duda.

Nos devolvimos en la mañana, estábamos cansados, pero mi papá tenía que manejar de vuelta a casa, mi mamá tenía que poner música y hacerle la conversación para mantenerlo despierto y yo tenía la noble labor de dormir como un oso en el asiento de atrás. Además, todos teníamos un rol importantísimo para ese día, ellos eran el padrino y la madrina, yo, una de las pajecitas.

Se casaron el 23 de diciembre porque la iglesia canceló la fecha anterior, era ese día o hasta el próximo año. No tengo recuerdos del matrimonio, sé que estuve ahí por las fotos, éramos cuatro o cinco niñas pequeñas con vestidos iguales, color vinotinto, con flores y con una cinta beige en la cintura que hacía juego con un sombrerito del mismo color, además, hay un video en el que se ve claramente cuando me acerco al *buffet*, cojo unas uvas, las escondo y salgo corriendo, cosas de niñas jodidas, creo. Supongo que hubo un vals, que mi tío le quitó la liga a la novia, que lanzaron el ramo hacia atrás y que las mujeres solteras se abalanzaron a recogerlo, que bailaron los “cañonazos” de la época y que al final todo mundo terminó tendido en un sofá en casa de mi abuela.

Volvimos a la vereda para navidad, mi mamá me contó que fue como si el lugar hubiera desaparecido del mapa y de paso, de la memoria de sus habitantes, nadie les dio razón de cómo llegar. Después de varias horas perdidos entre trochas, encontramos la zona acordonada y un silencio sepulcral, no había paso hacia la finca. Mi papá y mi mamá se bajaron a preguntarle a un campesino de la zona: “Buenas tardes. Hágame un favor, estamos buscando a la señora Martha y a don... Fulano”. El hombre los reparó como se repara a los “rolos” cuando llegan a cualquier lugar: “¿y cómo así?, ¿no se enteraron?”. Mi papá dijo: “No, ¿qué pasó?”.

Nunca se supo si fueron guerrilleros o paramilitares, unos y otros usan botas y uniformes camuflados, y aunque no fuera así, aunque se vistieran unos de azul y otros de rojo, en la mitad de la noche en el campo a duras penas se ven las siluetas de las vallas que separan una finca de otra, los chamizos y las copas de los árboles. No hubo tiempo para preguntar, entraron, dispararon, no hubo entrega de regalos, no hubo navidad amena para nadie. No hubo sobrevivientes tampoco, ni los niños ni las niñas, ni la señora Martha ni el señor Fulano. “Sí, es que eso entraron y mataron a to’ el mundo”, dijo el campesino.

Mi papá y mi mamá quedaron fríos esa mañana del 25 de diciembre de 1996, el resto de la familia, incluyéndome, quedamos fríos cuando nos contaron la historia trece años más tarde. Hablamos el resto de la noche... Si la iglesia no hubiera cancelado la primera fecha, si mi papá y mi mamá no hubieran sido los padrinos del matrimonio, si mi tío y Yanith no se hubieran querido casar, si no se hubieran enamorado, si no se hubieran conocido, si mi abuelo y mi abuela hubieran dicho que no más después del cuarto hijo... Un escenario tras otro en el que, de cualquier manera, resultábamos todos muertos.

Con la piel enchinada pensé (y todavía lo pienso, y todavía se me enchina la piel) cómo todos y todas nos hemos topado con la guerra en Colombia, a algunos les ha caminado tras la espalda, y no han notado ni siquiera que está ahí, como una infidelidad que no se ha descubierto, pero que pasó y que un día, cuando se

sepa la verdad, va a arder. A otros se les ha cruzado de frente, lo han visto todo, y no pueden pensar en otra cosa cuando cierran los ojos antes de poder conciliar el sueño. A mi papá, a mi mamá y a mí nos cruzó por el lado, nos rozó, no nos alcanzó a tocar, pero pasó cerca. Respiramos, entonces, aliviados y tristes porque mientras en unos lugares se parten pasteles de boda y se brinda en nombre del amor, en otros se entierran muertos, cuando se pueden enterrar.

Se terminó la navidad como se han terminado casi todas las navidades desde que tengo memoria, 4 o 5 de la mañana, empezamos a bostezar sistemáticamente y nos quedamos sin historias que contar mientras miramos las copas vacías con la melancolía de saber que no volveremos a sentarnos juntos a compartir un “buen vino” hasta el próximo año. Nos empezamos a frotar el cuerpo con las manos para no sentir frío, y entonces alguien dice “Buuuueno...” mientras levanta los brazos para sacarse la pereza de encima, mis tíos y mis tías recogen los regalos de mis primos, mi mamá los de mi abuela y yo los míos porque soy la mayor, después, poco a poco todos nos vamos poniendo de pie, y con la excusa de ir al baño, huimos hacia la cama.



**LA INVASIÓN DE ESTADOS  
UNIDOS EN AFGANISTÁN:  
Impacto en la Vida de  
Estudiantes Universitarios**

Carlos, un destacado líder estudiantil, había vivido bajo constante vigilancia policial debido a su activismo, que a menudo se percibía como una amenaza para el orden establecido. Su movilidad estaba restringida, y solo se le permitía visitar la Universidad Distrital. Incluso, para actividades tan simples como tomar un café era escoltado por dos agentes de policía.

La tensión de esta vigilancia constante se vio interrumpida cuando su amigo Roberto llegó apresuradamente para buscar su consejo. En la Universidad Nacional estalló una manifestación antiimperialista, y Roberto estaba buscando orientación sobre si él y los amigos de la Universidad Distrital debían unirse a la protesta.

Carlos, consciente de los “tiras” que lo observaban desde la distancia, le aconsejó a Roberto que sería más prudente no unirse a la manifestación. La situación era muy tensa, y el ambiente estaba cargado de incertidumbre. Sin embargo, antes de que Roberto pudiera darle una respuesta, se desencadenaron una serie de eventos irreversibles.

Corrió bajando las escaleras de la Macarena, pero llegó demasiado tarde. La carrera 30 ya estaba bloqueada, y Roberto no pudo comunicar su decisión a tiempo. Giovanni Blanco, un compañero estudiante, ya había resultado herido de muerte en la Facultad de Medicina. A pesar de los esfuerzos de sus propios profesores por salvarlo, la bala estatal que había impactado en su pecho resultó ser fatal.

Este trágico episodio marcó la entrada en escena del ESMAD, un nuevo cuerpo de represión policial. Desde ese momento, los jóvenes estudiantes se verían confrontados con la dura realidad de lo que significaba este término y las consecuencias de la represión estatal en sus vidas.



# LOS RECUERDOS

*Felicita Yepes Núñez*

“¡Ay, hermanita! Al menos demos gracias a Dios porque nos vamos a enterrar”, y fundidas en llanto y un abrazo eterno continuaron la vida; fueron las palabras de su hermana en ese encuentro. Pues Fernanda conocía muchas mujeres que esperaban a sus seres queridos en medio del calvario. Eran como las diez de la mañana cuando oyó un grito que salía desde sus entrañas. “¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué hicieron esto?”. En la zona se sabía de la existencia de la guerrilla, pero le generó tranquilidad a Fernanda cuando al salir encontró al Ejército apostado en la carretera.

Abel yacía en el piso con un tiro en la cadera y otro en el brazo, con pantalón café y camisa blanca a medio abotonar.

La gente vecina lo rodeaba en profundo silencio, solo se oían los desgarradores gritos de Fernanda.

Como de costumbre Tutú y Abel se habían levantado temprano, ella hacía el tinto en la cocina a pocos metros de la casa.

En La casa de madera, como muchos sueños de recién casados, yacían en medio de la cordillera oriental.

Desde el comedor Abel dijo: “Mija traiga tres tintos”. Y ella le preguntó: “¿Cómo dice?”. Y Solo escuchó unos disparos en la distancia. Mientras ella se peinaba su cabellera negra conversando en el corredor, su esposo le dijo: “Mija, mira, allá vienen unos vecinos”. “Raro, tan temprano”, ella comentó. La neblina no dejaba ver bien y ella se retiró a servir el tinto.

Tutú le dio la bendición a su sobrinita.

Fernanda conocía muchas historias como maestra, trabajadora de derechos humanos y con las víctimas de la guerra fría en que vive el país.

Aun muchas mujeres siguen esperando a sus seres queridos, porque los ríos los arrastraron a la selva y se los tragó. Solo que hoy las víctimas están allí en su propia sangre.



# **DECIDI SER MAESTRA**

*Quillian Yiceth Rugeles Ortigoza*  
*Docente. Claretiano Gustavo Torres Parra.*

Eran las cuatro de la mañana y abruptamente desperté, se escuchaban latidos de los perros y gente caminar, mi corazón se aceleraba, era tenebroso; con la aurora se acercaba un mar de murmullos y al amanecer golpearon fuertemente a la puerta de mi casa. Era la guerrilla, todos nos levantamos, teníamos miedo. Mi madre preguntó qué deseaban y uno de ellos pidió agua.

Mi madre abrió la puerta e indicó que fueran a la alberca y sacaran lo que necesitaran, me asomé y no sólo había golpeado en mi casa, sino, en todas las de la calle principal. Nunca había visto tanta gente uniformada, se veían cansados, muchos de ellos estaban tirados sobre los andenes, otros estaban heridos...en ese instante, mi padre me grita: “¡Éntrese!”. En el transcurso de la mañana escuché a mi padre cuando le decía en voz baja a mi madre que la guerrilla se había tomado a Colombia. De inmediato ella grita: “¡Virgen del Carmen!”, y se puso a llorar. Era el inicio de nuestra tragedia.

Durante todo el día se escuchó el avión fantasma rondando por el pueblo, estábamos muy asustados de que abrieran fuego y acabaran con todo. Afortunadamente, poco a poco se fueron yendo “los muchachos de arriba”, como eran también llamados. En la noche escuchamos por la radio que 75 camiones llenos de guerrilleros se habían tomado el municipio de Colombia, acabado con la estación de policía, el parque, la iglesia, el banco agrario y parte del colegio; unos pocos policías sobrevivieron a este atentado. Rezamos y pensamos que todo acababa ahí.

Pero, tres días después, entra mi papá a la casa y dice: “Mataron a Fabio” y todos empezamos a llorar, al parecer Fabio había alcanza-

do a alertar a la policía de la toma guerrillera a través de un radio comunicador y evitó que la tragedia fuera mayor. Los de arriba se dieron cuenta y lo acribillaron en la vía que conduce a mi pueblo. Este acto le costó la vida, dejando a mi madrina sola y mi mejor amigo huérfano. Quisiera decir que la historia termina ahí, pero no es así...

Un sábado por la noche, mi madre estaba sirviendo la cena, cuando se oyeron 3 disparos; “¡Divino niño Jesús, ampáranos y favorézcenos!”, dijo mi mamá, mientras dejaba caer un plato y corría hacia nosotros. Mis hermanos y yo nos levantamos de la mesa muy asustados acudiendo a ella. No sé por qué, mi mamá presentía algo malo, decía: “¡Virgen del Carmen, dónde está su papá! ¡Ay! Dios mío, Liberto, Carlos, Yamín...”, se le escuchaba el corazón como si se le quisiera salir y se puso muy fría. Al instante sonaron 7 disparos más, se escucharon tan fuertes, parecía que hubieran sido en el patio de la casa.

Mi padre se había ido a jugar tejo desde el mediodía y como de costumbre se dejaba coger la noche. Había pasado 15 días desde la muerte de Fabio y de ver como mi amigo lloraba y sufría por no tener a su padre con vida; tenía mucho miedo y me imaginaba lo peor. No podíamos salir porque se veían sombras cruzar por la calle, era peligros. Cuando por fin se asoma mi padre a la puerta, nos vuelve el alma al cuerpo; se nos había hecho una eternidad, aunque, realmente, habían trascurrido 5 minutos.

“¿Qué pasó?”, preguntamos. “Mataron a Tigre”, respondió mi papá. Mi mamá dio un grito desgarrador. ¡Ay, madre mía! Salió corriendo

para la cancha de tejo que estaba al lado de mi casa y nosotros detrás de ella. Había muchos guerrilleros por ahí, en la puerta del negocio estaban algunos para restringir la entrada, cuando llegó mi mamá, los empujó y les dijo: “Quítense de ahí malditos asesinos” y corrió a levantar a mi tío, que, con su último aliento, le sonrió a mi madre antes de morir.

### **Posdata.**

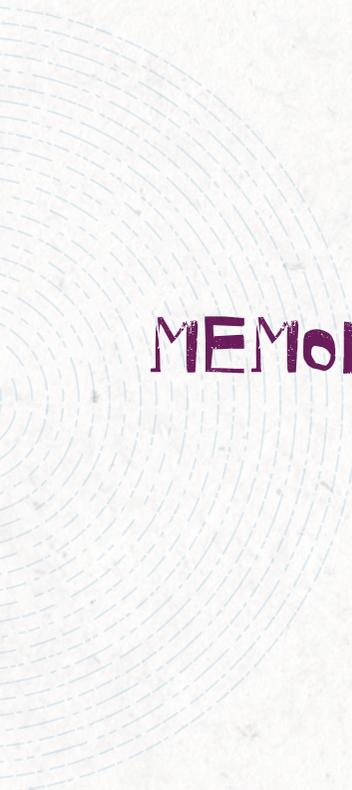
Con el tiempo nos fuimos a enterar,  
Que la guerrilla le iba a cobrar  
Su poca disposición para colaborar...

él tenía un camión y no lo quiso prestar,  
tenía un carro y no los quiso cargar  
y vacuna tampoco les quiso pagar...

para finalizar les quiero contar  
que fueron tiempos difíciles de superar  
dejamos la tristeza, pero, nunca vamos a olvidar.

Mi primo creció con cierto resentimiento, ahora es un suboficial,  
mi prima estudió enfermería para curar aquellos que la han de ne-  
cesitar  
y mi amigo, escogió la misma profesión de su papá,  
yo, decidí, ser maestra, con habilidades de contar,  
las historias, para recordar,  
no queremos odiar, solo rememorar  
para poder sanar y que cosas como esta,  
nadie las tenga que vivenciar.

Quillian Rugeles Ortigoza. (2023)



# MEMORIA

*Quillian Yiceth Rugeles Ortigoza*

¿Qué es la memoria?

Será mejor olvidar...

Olvidar aquello que nos hizo daño, para no odiar,  
O recordar aquellas historias que debemos contar,  
De hombres y mujeres que los alejaron de su hogar.

Alemania, un país muy particular  
Pequeño, pero con la ambición de sus territorios ampliar,  
Con odio y resentimiento de la primera guerra mundial,  
Hitler, lideró una violencia cultural,  
con ideología nacionalista, xenofóbica y discriminación racial,  
Legitimó todo acto de violencia directa y estructural.  
Y en el camino dejar a muchos, que no eran dignos de estar.  
Negros, judíos y homosexual,  
A todos los quería exterminar

Hombres, mujeres y niños fueron llevados al alambrar  
Auschwitz un lugar para pasar,  
Siendo tratados como animal, con hambruna y trabajo sin  
descansar,

Sufrieron sin cesar, siendo tratados como objetos para experimentar,  
Terminando en hornos, pues los iban a quemar,  
  
Muy pocos sobrevivieron para la historia contar  
Y los que lo hicieron, fue lejos de su tierra natal  
El Holocausto Nazi una vergüenza nacional,  
Totalitarismo e impunidad era de esperar,  
Todo este infierno se iba a acabar  
Cuando terminara la segunda guerra mundial.

Ahora no podemos olvidar,  
Y no recordamos para odiar,  
Pues aquellos que sufrieron debemos memorar,  
Museos que evidencien lo que no puede volver a pasar,  
Documentales, cuya verdad deben develar.

Encuentros con sobrevivientes para escuchar  
Los valientes que lograron superar,  
Aquellas atrocidades y volver a empezar.  
Películas que muestran una experiencia personal,  
De aquellos que sufrieron y buscan Justicia social.

Como experiencias de memoria y de la no reproducción.  
A estos museos les quiero hacer invitación,  
Yad Vashem en memoria de las víctimas de la exterminación,  
Un reconocimiento a los que, a inocentes protegieron sin  
condición.  
Museo memoria y tolerancia en México también busca la no  
discriminación,  
Todo es un conjunto para la concientización  
Para conocer la historia y no a la repetición.



**NANITA Y SU  
MUÑECA DE TRAPO**

*Efigenia Prada*

Nanita había cumplido cinco años. Poco antes de tener que dejar atrás a su preciosa muñeca de trapo, había vivido una Navidad mágica y llena de belleza en el pueblo. Las luces brillantes, el arbolito, la música festiva, los villancicos, el dulce de papaya y la alegría que llenaba la casa crearon un ambiente de calidez y amor que quedó grabado en el corazón de la niña. Durante esa Navidad, recibió un regalo inolvidable de sus padres: una preciosa muñeca de trapo vestida de short blanco, blusa colorida, zapaticos rosados, piel sonrosada y sin cabello. Esta muñeca se convirtió en su compañera constante, su amiga en sus juegos y confidente en los momentos de alegría y tristeza.

La niña nunca imaginó que tendría que separarse de su muñeca después de tan solo unos días de haberla recibido. Esa época festiva, que había sido tan bonita y llena de alegría, se transformó en un recuerdo agrisado, marcando el inicio de un largo período de añoranza por su muñeca. Los recuerdos de esa Navidad y de su primer abrazo a la muñeca estaban grabados en el corazón de Nanita. La muñeca representaba el amor y el cariño de sus padres, y ese vínculo especial la hacía aún más valiosa para la niña.

Nanita era solo una niña cuando la vida la obligó, dejar su muñeca favorita. Asustada, llorando y sin entender lo que pasaba ese 4 de enero de 2004, en medio del caos y la prisa de sus padres, no pudo llevar su preciosa muñeca de trapo. Su padre la cargó en sus hombros y, junto a su madre, salieron corriendo de la casa hacia la salida pueblo...

Tres largos años transcurrieron lejos de su casa y de su linda muñeca. Nana la había extrañado más de lo que jamás habría imaginado. Soñaba cada noche, abrazándola como si estuviera allí. A pesar de su añoranza constante, sus padres, en su momento, no entendieron del todo la importancia de la muñeca en su vida. No le regalaron otras muñecas para llenar el vacío que había dejado su compañera ausente.

Sus padres solían comprarle, cartillas con las imágenes de la Niña Fresa, uno de sus personajes favoritos. Nana tenía un amor especial por los detalles y los colores de la Niña Fresita, y eso se convirtió en un vínculo entre ella y su muñeca de trapo. La niña fresita era una figura constante en su vida, y su cumpleaños número 7 no fue la excepción.

Sus padres organizaron la fiesta de su cumpleaños inspirada en la Niña Fresita, con decoraciones coloridas y pasteles de fresa. La alegría y los momentos compartidos en esa fiesta temática hicieron que el recuerdo de su infancia fuera aún más entrañable.

Tras el episodio vivido, los padres de nanita tomaron conciencia de la importancia que tenía para su hija tener objetos de consuelo en su vida. Comprendieron que la Niña Fresita y todo lo relacionado con ella, eran vitales para su bienestar emocional. La habitación de nana se llenó de dibujos, cartillas, cuadernos, afiches, y objetos de la Niña Fresita, creando un espacio lleno de color y alegría. Esta transformación, guiada por el amor y la

comprensión de sus padres, ayudó a nanita avanzar y construir un nuevo capítulo en su vida.

En el caserío, se realizaba un concurso de trajes. Nanita entusiasmada participo de la convocatoria. La admiración por la niña fresita, se convirtió en una fuente de inspiración para crear su traje. Trabajando con dedicación y cariño, madre e hija cosieron cada puntada con amor, y el resultado fue un traje de Fresita tan encantador como su relación.

Cuando llegó el día del concurso, Nanita se presentó con su traje de la Niña Fresita. Su traje era una obra de arte, una representación perfecta del personaje que tanto admiraba. El público y los jurados quedaron impresionados por la creatividad del vestido. Cuando anunciaron a la ganadora del concurso, fue Nanita quien recibió el primer premio. Su traje de la Niña Fresita no solo era hermoso, sino que también contaba una historia de superación y amor por su personaje favorito.

El día del regreso a casa fue extremadamente tenso. 27 de enero de 2007. Nanita, junto a sus padres por fin se montaron en un camión rumbo al pueblo donde estaba su casa. Pasado dos horas llegaron, Justo pasaron por toda la calle central hasta que el camión se detuvo frente a la casa. Nanita estaba feliz de regresar. Sin embargo, no comprendía del todo por qué las calles estaban cubiertas de maleza y las casas en ruinas. La ansiedad crecía a medida que nanita se bajó del camión y se acercó a su casa destruida, donde esperaba encontrar a su muñeca de trapo.

Su padre subió la cortina de la casa y ¡oh! Sorpresa, su muñeca de trapo estaba a la entrada de la casa entre los escombros de su casa destruida, como si supiera que su nanita vendría en busca de ella. Nanita guardaba la esperanza, que estuviera exactamente como la recordaba: una preciosa muñeca de trapo vestida de short blanco, blusa colorida, zapaticos rosados, piel sonrosada y lista para abrazarla como lo hacía antes de su partida. Pero, al verla ahí tirada en el piso dañada, sucia y sin belleza, no podía entender cómo su amada muñeca había terminado en ese estado. La observó con asombro y lágrimas en los ojos. Nunca la recogió del piso y sus padres no le volvieron a regalar otra muñeca de trapo...



**UN NIÑO LLAMADO AMOR**

*Miller Ángel Martínez*

Había una vez, en un rincón olvidado de las montañas caque-teñas, un niño llamado amor, que desafortunadamente quedó solo en la selva después de que la guerrilla asesinara a sus padres. Sin nadie que lo cuidara, el niño tuvo que aprender a sobrevivir en un entorno hostil y peligroso.

A pesar de su corta edad, amor demostró una increíble valentía y determinación. Aprendió a buscar comida, construir refugios y protegerse de los peligros de la selva. Cada día, era un desafío, pero el niño se aferraba a la esperanza de encontrar una salida a esa situación.

Pasaron meses y el niño se encontraba cada vez más desesperado. Sin embargo, un día, mientras exploraba la selva en busca de comida, se encontró con un grupo de médicos voluntarios que estaban brindando atención médica a las comunidades aledañas.

Conmovidos por la historia del niño y su increíble capacidad de supervivencia, los médicos decidieron llevarlo con ellos y brindarle educación y un hogar. El niño, agradecido por esta oportunidad, se dedicó a estudiar y aprender todo lo que pudo sobre medicina.

A medida que crecía, amor se convirtió en un médico excepcional. Su experiencia personal en la selva le permitió comprender las dificultades y los desafíos que enfrentan las personas en entornos similares. Utilizó su conocimiento y habilidades para ayudar a aquellos que más lo necesitaban, especialmente a aquellos que habían sido afectados por la violencia y la guerra.

Pero un día, el destino, caprichoso y misterioso, le tendió una trampa. En la sala de un hospital, el médico se encontró cara a cara con el verdugo de sus seres queridos. El aire se volvió denso y el pasado se materializó frente a sus ojos. Aunque el dolor y la ira amenazaron con consumirlo, recordó su juramento; y dejando a un lado sus sentimientos personales se centró en brindar la mejor atención médica al paciente. A través de su experiencia y sus habilidades, logró salvar la vida de aquel que le había causado tanto sufrimiento en su pasado.



**UN BALÓN SIN  
FUTURO**

*Bárbara Estefani Montenegro*

Juan, es un joven de 17 años recién graduado, halla en las partidas de baloncesto frente a su casa una fuente de alegría. La competencia, en la que se disputa un vaso de colombiana con roscón, es un ritual en el que participa con entusiasmo junto a su amigo Eliecer y otros conocidos. Sin embargo, esta animada rutina solo es posible después de que Juan cumple con las tareas domésticas diarias, desde lavar la loza hasta recoger la ropa. Desde pequeño, ha sido un pilar de apoyo para su madre, quien asume con valentía la doble función de ser madre y padre, llegando agotada de su trabajo en un almacén de cadena. La tía Lina, una figura de autoridad y amor en la vida de Juan, le advierte sobre la importancia de cumplir con estas responsabilidades, advirtiéndole que podría perder el balón si no lo hace.

De lunes a viernes, alrededor de las 6 de la tarde, Juan se dirige hacia el colegio Distrital donde estudia Diana, una chica hermosa que cursa el décimo grado y que este año aceptó ser su novia, situación que llena de felicidad a Juan, quien está profundamente enamorado de ella. Juntos regresan al parque, donde comparten risas y charlas. A las 7:30 de la noche, María, la madre de Juan, se asoma por la ventana y le aconseja con cariño: “Ya es un poquito tarde, lleva a Diana a su casa y acuéstate temprano”.

Alrededor de las 8:30 de la noche, Juan vuelve a casa y saluda a su madre con un beso, mientras María sirve la cena, que suele ser un desayuno nocturno de café, pan y huevo, a excepción de los días de pago: en estas ocasiones, María sorprende a Juan

con hamburguesas y salchipapas mientras disfrutaban viendo un partido de la NBA. Aunque a María no le emocionan mucho los partidos en la televisión, encuentra placer en ver a Juan sonreír y emocionarse al apoyar a los Lakers. Mientras comparten este momento, Juan sueña con un futuro en el baloncesto, anhelando jugar en una liga al lado de su ídolo, Kobe Bryant, considerado el mejor basquetbolista del momento.

En una de esas cenas especiales, Juan le comparte a su madre la emocionante noticia de que su amigo Eliecer tiene una oportunidad de trabajo, y decide acompañarlo en búsqueda de fortuna. Entre risas y sueños, Juan menciona la posibilidad de que también lo contraten, y si todo sale bien planea contribuir con los gastos de la casa, pero además podrá llevar a Diana más a menudo al cine e incluir un combo de palomitas y gaseosa.

Era un miércoles temprano, cerca de las 6 a. m., Juan y María iniciaron su jornada. Juan eligió vestir el traje que usó en su graduación, su pinta más elegante. Mientras María se dirigía al trabajo en el almacén, Juan iba a encontrarse con Eliecer para ir en búsqueda de la anhelada oportunidad de trabajo. En la puerta de la casa, Juan le pidió la bendición de su madre: “¡Mamdrecita reza para que me vaya bien!”, prometiendo regresar lo antes posible, para encargarse de las tareas del hogar, para luego enfrentar el partido de desempate con el equipo rival que había quedado pendiente el día anterior, y por supuesto alcanzar a recoger a Diana. Su madre le dio la bendición y un beso, y le pidió que le llamara para saber cómo le había ido, el asintió e hizo la cara de niño consentido que tanta ternura le inspiraba a María y se despidieron con una sonrisa. Llegaron las 6 de la tarde y la llamada no llegó, el partido no se jugó y Diana llegó a casa de Juan sola.

Era sábado y el paradero de Juan y Eliecer era un misterio. María, Lina y Diana, ansiosas por obtener noticias, recorrían el barrio preguntando a vecinos y amigos. En el parque, donde solían resonar los sonidos del baloncesto, reinaba un silencio inusual. No se escuchaba el característico driblin de ningún balón, solo murmullos de preocupación entre la gente del lugar. La incertidumbre flotaba en el aire. Sobre las 3 de la tarde sonó el teléfono. “¿Señora María Pérez?, le hablamos del Instituto Nacional de Medicina Legal, le llamamos para solicitar su presencia en la morgue para la identificación de un cadáver”. Ella simplemente guardó silencio y fue directo a tomar las llaves de la casa, sobre la mesita junto a las llaves, la fotografía de Juan vestido de basquetbolista, y al levantar la vista la foto de su graduación tragó saliva y se dijo para sí misma “debo aclarar este malentendido”. Nunca imaginó que esa aclaración le dejaría clavado, por el resto de sus días, un dolor que le arrancaba el alma y que le arrebatava el sentido de estar viva como madre.

